

LIBROS

La doble muerte de una escultura de alabastro: Ezra Pound

Vamos, cantos míos, expresemos nuestras más bajas pasiones, expresemos nuestra envidia por el hombre con empleo permanente y ninguna preocupación sobre el futuro.

Sois muy ociosos, cantos míos, ¡temo que vais a acabar mal.

Os plantáis por las calles, ¡Haraganéis en las esquinas y en las paradas de los autobuses, ¡no hacéis nada del todo.

Ni siquiera expresáis nuestras nobles cualidades internas, ¡acabaréis muy mal.

EZRA POUND

La más cómoda profecía de un poeta es el final infeliz. Siempre se acierta, porque el poeta muere, y en el caso de Ezra Pound murió dos veces, una en 1945 y otra ayer. A los que tuvimos como primera noticia de Ezra Pound su fascismo, nos costó superar la repugnancia por la doctrina y llegar a la desnudez política de una obra como la de Pound, fundamentalmente basada en la aventura lingüística. Y casi siempre leímos a Pound detrás de Eliot, a pesar de que Pound era tres años mayor. Leer a Pound después de Eliot era una mala faena, Eliot cruzaba con rapidez la tortuosa vía del intento y llegaba a una poesía llena de resultados, a una poesía sabia de sí misma, en la

que el recurso lingüístico dejaba de ser sorpresa para ser manera. Al lado de los círculos cerrados poéticos de Eliot, los poemas de Pound tenían la incertidumbre lectora garantizada, y los tratadistas le calificaban de «imaginista» y le liquidaban diciendo: «... Sólo pretende anotar imágenes en un estilo muy trabajado y en ritmos muy libres».

Tal vez ahora se pueda superar la barrera de prevención que Ezra Pound creó a su alrededor desde su juventud, cuando abandonó Estados Unidos, enfermó de repugnancia por el utilitarismo norteamericano, como Henry James o el propio Eliot, en busca de las raíces de culturas más nobles: la europea o las culturas orientales, que conoció lo suficiente como para insertarlas en el «collage» de su ideología y de sus poemas.

Pound convivió en el Londres de 1913 con jóvenes poetas norteamericanos, entre los que destacaba la señorita Amy Lowell, agrupada por los críticos, junto a Pound, Yeats y Ford Madox Ford, dentro del «imaginismo». Las preferencias de los críticos por mistress Lowell indignaron a Pound el narcisista y provocaron una ruptura violenta. La señorita Lowell fue siempre una «imaginista». Pound superó sus propias maneras, la sensibilidad adquirida, sacó y dio partido en las relaciones con el joven Eliot, de quien sólo le molestaba su vocación de oficinista de la cultura. También supo comprender la carga innovadora de la poesía de Yeats, madre del cordero de toda la lírica anglosajona posterior. Pound valoraba en todo escritor la cualidad que veía sobresaliente en Eliot: «... Es el único americano que conozco que haya tenido lo que yo llamo preparación literaria adecuada. La verdad es que se ha ejercitado y modernizado sobre su propio fondo. El resto de las jóvenes es-

peranzas han hecho una y otra cosa, pero nunca las dos a la vez».

Formación literaria y propio fondo. Cultura profunda de lo que los otros han escrito, de sus maneras y acumulación de materiales propios, que el poeta ha de insertar en el montaje del poema. Pound reflejaba en la valoración de los poemas de Eliot su propia poética, una estética poderosa que hizo posible el esplendor de la poesía anglosajona de entre guerras. Los materiales culturales de Pound salen de la mezcla cultural en poder de la vanguardia contemporánea: pos-simbolistas franceses, lírica china y japonesa, clasicismo europeo, Dante, los poetas provenzales. Campeones de la liberación del ver-

bre, el amygismo (ataque diferido a mistress Lowell), el leemasterismo (ataque diferido a Lee Master), el general envilecimiento, habían ido demasiado lejos, y era necesaria la reacción de una corriente contraria».

Podían decirlo Eliot y Pound en los años veinte, porque eran los reyes, reinado que compartía la amabilidad y deferencia del plácido Eliot y las inesperadas reacciones de Pound el desabrido. Fue un reinado que duró diez años, hasta que se consolidó la espléndida promoción de los años treinta, los Auden, los Spender, Frost, poetas que buscaban una comunicación y una comunicabilidad basada en la asunción de la propia experiencia.



so, de pronto descubrieron el juego encantador del corsé métrico, y decidieron Eliot y Pound, de común acuerdo, desandar lo andado:

«En una fecha particular y en una habitación determinada, dos autores, ambos libres de la fea costumbre de hurgar en los bolsillos del otro, decidieron que la disolución del verso li-

Para entonces, Pound ya se había calado el sombrero negro brujoide y se había ido a vivir a Italia, donde la épica fascista le ayudaba a creer que no existía Wall Street, la grosería del burgués bien cebado o del colectivista aniquilador de la individualidad. Amaba la superficie estética del fascismo, el cartón piedra de la su-

perproducción de la conquista de Abisinia, su culto a la romanidad. No entendió jamás cómo la gran depresión condicionaba la aparición de una poética americana ideologizada, de protesta. Pero hasta los años cuarenta, hasta 1940, Los cantos de Pound seguían siendo uno de los puntos referenciales de la poesía anglosajona, incluso para los jóvenes impugnadores de la hegemonía del tándem Eliot-Pound.

El poeta italo-norteamericano se había distanciado de Eliot porque no comprendía su sistema de vida, no comprendía la semilla metafísica que había fecundado su obra más nueva y no comprendía su declaración de principios católicos, monárquicos y conservadores. A Pound le parecía que el fascismo estaba por encima de estas cosas, y sobre todo, estaba lejos de la América llena de ciudadanos medios. Y cuando estalló la guerra mundial, se puso al lado de Mussolini, colaboró en emisiones radiofónicas de la radio italiana destinadas a minar la moral de las tropas americanas combatientes. Pound estaba aterrado ante el desembarco de los norteamericanos en Normandía. El temido «hombre medio» cruzaba el Atlántico y venía a destruir su decorado propicio junto al mar de la antigüedad, a la espera de galeras griegas o fenicias. Y sus poemas, fecundados por Dante, los poetas provenzales y los símbolos chinos, temblaban como el propio Pound ante la fanfarria de la democracia aliada triunfante.

Mas los vencedores manifestaron por el vencido más piedad que Hitler y Mussolini habían demostrado por sus vencidos. Prefirieron considerarle un loco que un delincuente histórico, porque ante todo le consideraban un creador que pertenecía al acervo cultural humano. Vivió, pues, para contar. En una vejez de exiliado que aún tuvo el

triumfo universal de sus Cantos pisanos (1948), hito literario publicado cinco años después de una de las fundamentales obras de Eliot: Cuatro cuartetos. Pero así como Eliot vivió hasta la muerte en la memoria viva y museística del mundo de la cultura, pronunció conferencias, tuvo el Premio Nobel, influyó y fue admirado, Pound vivió una solitaria resurrección después de su muerte política de 1945. Louise Bogan ha escrito un magnífico anticipo de epitafio crítico de su postura moral ante la vida, el mundo, el hombre y, ¿por qué no?, la literatura:

«Pound nunca se libró por completo de una actitud subyacente de materialismo ilustrado. Las ideas contenidas en Los cantos sólo recientemente han sido estudiadas con desprendimiento crítico. Se ha visto que dichas creencias pueden ser reducidas a un esquema concorde con la Ilustración dieciochesca; la fidelidad de Pound se dirige al Estado Bueno y Estable y al Gobierno del Noble. Frente a este Bien (siempre un bien terreno) se yergue la Maldad mejor que la Perversidad. En un Universo materialista, el Cambio se convierte en enemigo de la Permanencia; el Tiempo se desprende de lo Intemporal. Al faltar toda idea de Perversidad fundamental, hay que hallar el modo de reconocer de dónde procede la humana conspiración contra la Vida en el Bien; dicha conspiración se objetivó finalmente en el pensamiento de Pound bajo la forma de dinero y de la manipulación de dinero conocida con el nombre de usura. Su pasión por el Gran Hombre le condujo, como ya Eliot había predicho, al culto, a la Dictadura».

Sin ironía ni lucidez histórica, Pound consiguió ser uno de los grandes poetas del siglo. Sus versos de 1920 aprovechan para una afortunado epitafio de esta glosa:

EL LIBRO DE BOLSILLO ALIANZA EDITORIAL

LOS ESPAÑOLES DEBEMOS GRATITUD A ALBERT CAMUS

Desde el monólogo lírico hasta el teatro colectivo, pasando por la pantomima, la farsa y el coro, en un espectáculo de nuevo tipo, la original pieza literaria *El estado de sitio*, de Albert Camus («El Libro de Bolsillo», n.º 405). Llega a los lectores de habla española en traducción de Pedro Lain Entralgo y Milagro Lain Martínez, que destacan en el prólogo la gratitud que los españoles debemos al autor de *El extranjero* (n.º 312 de la colección) porque eligió a Cádiz «como contorno teatral» y encarnó en un mozo gaditano «la figura del héroe que con su muerte hará posible la realización histórica de ese ensueño y esa gran esperanza».

UNO DE LOS PILARES DE LA TEORÍA FREUDIANA

El nexo causal entre *Sexualidad infantil* y *neurosis* (n.º 404 de «El Libro de Bolsillo») constituye uno de los pilares de la teoría freudiana, así como el campo de batalla elegido por los discípulos que pretenden revisar, en una dirección que preste mayor atención a los factores históricos y sociales, las enseñanzas de su maestro. Las ideas en torno al tema fueron expuestas de manera sistemática por Sigmund Freud (1856-1939) en su célebre libro *Tres ensayos sobre teoría sexual* (n.º 386 de esta colección).

«LOS GOZOS Y LAS SOMBRAS», LA GRAN TRILOGÍA DE TORRENTE BALLESTER

Santiago Rodríguez Santerbás escribió en «Triunfo»: «Hubo que esperar a la aparición de la trilogía «Los gozos y las sombras» (reimpresa actualmente por Alianza Editorial) para calibrar en su justa medida las inmensas posibilidades creadoras de Gonzalo Torrente Ballester». El señor llega, primer volumen de «Los gozos y las sombras», apareció con el número 308, en junio de 1971, en «El Libro de Bolsillo». La segunda novela de esta serie, *Donde da la vuelta el aire*, número 372 de la colección, en junio de 1972. Y la obra que completa la trilogía, *La Pascua triste*, acaba de publicarse, en «El Libro de Bolsillo», con el número 409.

NIETZSCHE Y SU CRÍTICA DE LA MODERNIDAD

Más allá del bien y del mal (n.º 406 de esta colección) no es un simple glosario o prolongación de *Así habló Zaratustra* («El Libro de Bolsillo» n.º 377). Radicalmente distinto el tratamiento de las cuestiones debatidas en una y otra. El propósito de Nietzsche en *Más allá del bien y del mal* era realizar una crítica de la modernidad en todos sus aspectos. Un nuevo, riguroso trabajo de Andrés Sánchez Pascual, prologuista, traductor y anotador de los textos nietzscheanos, en curso de edición dentro de «El Libro de Bolsillo», donde han aparecido ya *Ecce Homo* (n.º 346) y *La genealogía de la moral* (n.º 356).

SER Y QUEHACER DE BORGES EN «EL HACEDOR»

El extraordinario escritor argentino, que amplios núcleos de lectores españoles pueden apreciar ahora por la publicación de sus obras en «El Libro de Bolsillo», coedición éstas con Emecé, muestra en *El Hacedor* (n.º 407 de la colección) una «silva de varia lección», abundante en reflejos y en interpolaciones. La antología de versos que figura en este volumen sirve de anticipo a la borgiana *Obra poética*, de próxima aparición. En «El Libro de Bolsillo» se han publicado, además, *El Aleph* (n.º 309), *Historia universal de la infamia* (n.º 353), *Ficciones* (n.º 320), *Historia de la eternidad* (n.º 338).

LAS NUEVAS TENDENCIAS DEL CINE CONTEMPORÁNEO

El número 411 de «El Libro de Bolsillo» incluye los tratamientos literarios de las cuatro primeras películas de Federico Fellini, *El Jaque Blanco*, *I Vitelloni*, *La Strada*, *Il Bidone*, con la novedad de ofrecer la parte de los guiones que no se llegaron a rodar o que fueron descartados en el montaje definitivo. Con este título prosigue «El Libro de Bolsillo» su tarea de difundir las obras de los principales directores y las tendencias más representativas del cine actual: de M. Antonioni, *La noche/El eclipse/El desierto rojo*, *Blow-up*, *Las amigas/El grito/La aventura*, (núms. 87 y 115), de C. Th. Dreyer, *Juana de Arco/Días iras* (n.º 223), de A. Kluge, *Los artistas bajo la carpa del circo: perplejos* (n.º 360), Galvano della Volpe, Umberto Eco, Pier Paolo Pasolini y Glauber Rocha en *Problemas del nuevo cine* (n.º 295).

EXCELENCIA DE LOS AUTORES, INTERÉS INTRÍNSECO DE LOS TEXTOS

Numerosos e ilustres viajeros han dejado constancia escrita de las impresiones que les suscitaron el paisaje y las costumbres de la Península Ibérica. José García Mercadal, que durante largos años ha realizado una fecunda búsqueda de la imagen que los europeos se han formado de nuestro país, recopila en esta obra los testimonios de más acusada significación, por la excelencia de los autores y el interés intrínseco de los textos (n.º 408 de «El Libro de Bolsillo»).

EL JUEGO, TAN ESENCIAL COMO LA REFLEXIÓN Y EL TRABAJO

Johan Huizinga, al que debemos la reveladora interpretación de «El Otoño de la Edad Media», estudia, incitado en parte por las precursoras ideas orteguianas, el juego, como fenómeno cultural, en tanto que fuerza humana tan esencial como la reflexión y el trabajo, *Homo Ludens* (n.º 412 de «El Libro de Bolsillo»). Justamente lo calificó Ortega de «gregorio libro».

LA CONQUISTA Y SUS INCONTROLABLES CONSECUENCIAS...

...de carácter económico-social, cultural y político, para las metrópolis, con ejemplos tomados generalmente de las relaciones entre la América española y la Península Ibérica, constituye la temática de esta obra del notable especialista inglés J. H. Elliott: *El Viejo Mundo y el Nuevo 1429-1650* («El Libro de Bolsillo», n.º 410).

ARTE • LETRAS •

La «época pedía» un en yeso, [molde que no causara [retraso, prosa agitada, no [alabastro o la «escultura» [rimada.

■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Nasser: un enigma histórico

Cuando murió Nasser —se acaban de cumplir dos años—, todo el mundo árabe, incluso todo el mundo islámico, se rasgó las vestiduras. Fue una gran tragedia. Sin embargo, todas sus grandes empresas fueron un fracaso: las sucesivas derrotas frente a Israel, la imposibilidad de crear «la gran nación árabe», que fue su sueño, la de cambiar las estructuras feudales en otros países árabes, la de crear un socialismo original, incluso la de crear un tercer mundo neutralista —con Tito, con Nehru, con Sukarno...—. Probablemente todas estas empresas eran imposibles en su tiempo y lugar y la grandeza de Nasser consistió en la del héroe de tragedia que no cede ante el destino y lucha incesantemente hasta ser vencido por él; probablemente también, sustituía en el inconsciente colectivo árabe la imagen del padre colérico —el Sultán, el Rey feudal— por la del padre protector...

Dos libros publicados simultáneamente en castellano ayudan a la comprensión de la figura de Nasser. Uno de ellos está escrito por un colaborador muy próximo, el periodista Mohamed Heikal, que dirigió el periódico oficioso «Al Ahrām» y fue ministro de Información (1). Tenía, por lo tanto, acceso a la intimidad de Nasser y al fondo de información del Estado. Pro-

bablemente no lo revela todo, pero sí lo suficiente como para componer una biografía moral del Presidente Nasser. Su explicación de la inmensa popularidad —la palabra se queda corta— de Nasser se centra en dos vocablos: «Cambié todo». Es decir, hizo el tránsito de la colonización británica —por lo tanto, muy ruda— a la independencia, del abuso de riqueza de una pequeña clase egipcia a una redistribución más justa; consiguió que el país contase en el mundo. Heikal, naturalmente, considera de forma enfática la figura de Nasser, de la cual formaba parte sin duda él mismo —¿no fue su periódico y su trabajo personal los que hicieron la imagen del jefe y del nuevo Egipto?—; y, efectivamente, la figura que traza documentalmente es la de un gigante.

Más distante, el periodista francés Jean Lacouture (2), que vivió varios años en El Cairo, examina la obra y la vida de Nasser sin cerrar muchas de las interrogaciones que abre, sin ocultar las contradicciones, pero sin negar la enorme importancia de Nasser en la evolución de su patria y la calidad ética y moral de su figura. Da respuesta, con una frase de Ibrahim Fahri, a cómo Nasser alcanzó la glorificación en vida sin haber conseguido los objetivos de su revolución: «Incapaz de resolver los problemas egipcios, había elegido encarnarlos». El libro de Lacouture no es de opinión o juicio, principalmente, sino una obra periodística, muy informativa y muy completa. ■ J. A.

Masoliver y Batlló: «Camp de l'Arpa»

En España sobreviven heroicamente revistas li-

terarias minoritarias. Heroicamente, porque su círculo de distribución las aboca al déficit y porque no existen instrumentos culturales potencializadores. En Andalucía se conserva un foco de resistencia poética importante, en las Canarias, en León. Constantemente llegan noticias de reconquista cultural en torno a estas empujadas publicaciones. Un grupo barcelonés sostiene *La mano en el cajón* y consigue publicar lo último de la poesía extremeña con los últimos poemas de Espriu. Un grupo aragonés se esfuerza en buscar las señas de identidad regional, recuperando canales de expresión, recuperando incluso las variantes lingüísticas propias. Cada uno de estos grupos de resistencia cultural, frente a esas engullidoras simas uniformales que son Madrid y Barcelona, tiene su sacrificado rostro principal. En el caso de *La mano en el cajón* es Florentino Huerga, poeta y español autodidacta, un adjetivo que dignifica el ser poeta y yo diría que el ser español.

Ahora aparece el número tercero de *Camp de l'Arpa*, subtitulada como *Revista de Literatura*. Tres números ya indican voluntad de supervivencia. La dedicación de la revista no sólo a la creación poética, sino también a la información y crítica literaria, nos obliga a considerarla como el primer intento de afrontar seriamente la penuria que el país padece en el campo de las publicaciones dedicadas a la clarificación literaria. Por si no fueran motivos suficientes para el crédito, las dos primeras caras que uno encuentra en esta revista son las de Juan Ramón Masoliver, director, y José Batlló, editor. A continuación, un plantel de rostros y temas solventes: Sahagún, Llamas, Ballesteros, Molina Campos, Carrasquer, Soto Vergés, Rodríguez Aguilera, Castilla del Pino, Javier Tomeo, Ana

(1) Mohamed Heikal, «Los documentos de El Cairo. De los archivos secretos de Gamal Abdel Nasser», Lasser Press, Inc. México, 1972.

(2) Jean Lacouture, «Nasser», Editorial Doepa. Colección «Grandes biografías». Barcelona, 1972.